



Cuento

El profe

Alcides Enrique Guloso Cañaveras¹

Guloso29@hotmail.com

Aquel día Julián discutió fuertemente con Raquel, su madre, quien no quería dejarlo asistir a las quince primaveras de su novia Andrea. Tenía una corazonada, algo no estaba bien. Andrea gozaba de gran belleza, tenía una larga cabellera y ojos negros como la noche. Su cara angelical disfracaba la crueldad de su ser. Tenía fama entre los hombres, era una fiera entre sabanas, había pasado de mano en mano y de cama en cama, siempre estaba al acecho de un joven distraído o de un viejo con suerte. Era la prueba de admisión de todo niño que se hacía hombre en aquel lugar.

Quién no ha sido víctima de unos labios tiernos y candentes, cualquiera se derrite ante unos senos voluptuosos y juguetones. “¡Yo también caí, más de una vez!”

A Julián no le importaba aquello, para él era más importante dejarse atropellar por el vaivén de las caderas de su amada al hacerle el amor.

El reloj, lento y sin detener su marcha, marcó la hora del anhelado encuentro. Camisa de manga larga, pantalón planchado, zapato bien lustrado y peinado decente. Julián estaba listo. Miró el espejo y le costó reconocerse, parecía un doctor. Caminó unos metros y todo le parecía mal, los zapatos le apretaban, la camisa le picaba y el pantalón no le ajustaba. Tanto dinero invertido en aquel traje, tanto tiempo esperando este momento, “las cosas finas no gustan de los pobres”, pensó.

70

¹ Abogado. Egresado del programa derecho de la Corporación Universitaria Rafael Núñez, CURN. Integrante del Club de lectura Bajo palabra, 2015. E-mail: Guloso29@hotmail.com



-He cortado leña bajo el sol por más de veinte días, dos meses de hambre, frío, agua y lluvia, mi única compañía ha sido un machete viejo y oxidado. Todo por asistir a aquella fiesta, todo por demostrar que un pobre también puede-. Renegaba Julián camino a la fiesta de su novia.

Recuerdo, como pocas veces lo hago, la primera vez que llegué a aquel lugar. Todavía guardo en mi mente la imagen de aquel pueblo, sus casas viejas de palma y bareque, humeantes y jorobadas en señal de amenaza. Todavía retumban en mis oídos los gritos de aquellos niños avisando mi llegada. “Manuel Enrique Castro, profesor”. Por esas cosas de la vida todos me dicen “profe”.

Nunca olvidaré el recibimiento, como tampoco las razones que me llevaron de profesor por aquel tenebroso lugar, y, mucho menos, la sonrisa pícaro que espejeaba en la orilla el día en que llegué. Era la sonrisa de Manuela Sandoval, mujer de pocos escrúpulos, con una delgadez maléfica que recorría todo su cuerpo. Tenía como cuarenta, pero su lengua tenía veinte. Era la cocinera del restaurante escolar y chismosa de profesión.

Pensaba en mis seis hermanos, en mis viejos y en cómo la estarían pasando, cómo habrían hecho para comer hoy. Tengo veintitrés años y hace una semana me gradué de bachiller. Acepté venir porque no había otra opción.

Un abrazo y un beso agrio me aterrizaron en la realidad. “Bienvenido al Reposo”, fue la expresión de doña Berta, una mujer robusta, amigable, pero tosca, que de un apretón casi me parte en dos.

-Le voy a mostrar su cuarto, profe.

El único lugar de alquiler era pequeño y poco lujoso, no muy aseado por cierto, pero no había de otra. Me pagaban cien pesos al mes y la comunidad tenía que proporcionar la estadía. El Reposo es un pueblo azotado por la violencia, ningún profesor quería venir. Entre ellos, yo. Los cultivos de Marihuana y Amapola están por todos lados, la profesión más deseada es ser traqueto, narco o con menos aspiraciones, Raspa-chin.

Mi primera noche en aquel lugar fue desastrosa, los mosquitos me acorralaron como si quisieran llevarme. Pero eso no fue todo, a media noche, silbidos y pisotones en el techo me



pusieron los pelos de punta. Sentí estremecer mi cama, un gran peso en el pecho me impedía respirar, intenté moverme, pero estaba tieso. Sólo pude rezar para que todo acabara y amaneciera pronto. La verdad no se me hizo raro, todo el mundo me advirtió que en el Reposo hay más brujas que arena en el desierto. No cerré el ojo en toda la noche, como a las cinco de la mañana me bebí un café, y empecé a alistar las cosas para mi primer día de clases.

El Reposo es un pueblo pequeño y lejos de la civilización, no hay tiendas, todo hay que llevarlo de otros pueblos. Al principio renegué y sufrí mucho, tener que contar cuantos baños dura un jabón, un tubo de pasta de dientes, un rollo de papel higiénico, un desodorante, todo para comprar la cantidad correcta.

Desayuné y al salir de casa me tropecé con Manuela Sandoval.

– ¿Qué tal su primera noche, profe?

– Bien-. Contesté entre dientes.

Su tono irónico me hizo pensar que ella fue quien no me dejó dormir anoche. Además, su apariencia no me inspiraba confianza, sólo le faltaba la escoba.

Camino a la escuela, un tumulto de personas murmurantes llamó mi atención. Cinco cadáveres interrumpían el paso, todos agujereados de bala.

Los comentarios aseguraban que querían huir con la mercancía. Al instante vomité el desayuno y se me bajó la presión del asombro. Lentamente me fui incorporando, tomé mis libros y me dirigí en silencio a la escuela.

Un aviso en letras negras ya borradas por el tiempo saludaba en la distancia, “Bienvenidos a mi Escuela”. Era un salón pequeño, de techo roto y pupitres carcomidos por el comején. No había tablero y las puertas habían perdido sus bisagras. Tomé una escoba y barrí un poco el salón, organicé los pocos pupitres que servían y acomodé las puertas. Pero la imagen de aquellos hombres tirados en el camino no se borraba de mi mente, sentí lágrimas en mis ojos, pero me contuve.

Una hora después llegó el primer estudiante. Tenía como diecinueve, sus zapatos remendados y un suéter descocido en la manga derecha, me pintaron el panorama. No tenía cuadernos, tampoco lápices, pero si muchas ganas de aprender.



–Me llamo Julián, Mi papá es Robinson y mi mamá es Raquel.

–Mucho gusto, soy el profesor Manuel Enrique Castro.

– ¿Tus padres a qué se dé dican? – pregunté con curiosidad y algo prevenido.

–Mi papá es pescador y mi mamá es ama de casa, y soy el mayor de cuatro hermanos.

Esa fue la primera vez que vi a Julián. Al rato llegaron los demás alumnos, un total de nueve. Empecé la clase y, como salido de otro planeta, el ruido de un carro bajando el cerro llamó mi atención. Un señor extraño bajó del vehículo con cinco hombres más, fuertemente armados. Las piernas me temblaban.

– ¡Usted es el profesor! - Preguntó el jefe de los gorilas.

– ¡Sí!– Afirmé con voz entre cortada.

– ¡Aquí le traigo a mi hija!

–Es la luz de mis ojos– Y sonrió enseñando su diente de oro.

Era Ezequiel Montes, un traqueto, más conocido como “El Muelas”, el hombre más poderoso de aquel lugar. Del jeep bajó una mini falda que dejaba ver el génesis, acompañado de una blusa corta de escote pronunciado y pechichón que contrastaba con su piel canela y el brillo de sus ojitos negros. Era Andrea. Entró y se sentó en primera fila. Desde que llegó un olor a fresas inundó el salón. El jeep retomó su rumbo y yo volví a clases.

Me sentía incómodo en clases, su belleza era propia de aquel lugar, verla en primera fila me hacía sudar frío, era imposible no mirarla. Ella lo sabía, sus miradas insinuantes eran una tentación constante e irresistible, no sólo para mí, también para el muchacho de atrás. Cupido había hecho su trabajo.

Decidí darme una vuelta por el comedor escolar, tenía la firme intención de frentear a Manuela Sandoval, para exigirle que me dejara en paz. Ya tenía una semana en aquel lugar y era el mismo tiempo sin poder dormir. Pero no alcancé a llegar, ni siquiera pude acomodarme, una ráfaga de chismes inundaron mis oídos. Aquel día, conocí el poder venenoso de aquella lengua veinteañera que no tenía nada que envidiarle a las metralletas que sonaban a media noche en la montaña, avisando que otro desgraciado tenía que dormir.



Las muertes no cesaron aquella semana, todos los días dos o tres amanecían durmiendo al lado del camino. Para mi desgracia, la escuela era paso obligado para ir al cementerio. En aquel lugar no había hospital, pero sí una funeraria saturada de visitantes. Desde que llegué una inquietud rondaba mi mente, y quién mejor para despejarla que Manuela Sandoval, la mujer misteriosa que sabía de todo y de ella no se sabía nada.

– ¿Por qué la iglesia católica está abandonada? – Le pregunté.

Manuela, tiró el cucharón y le dio cuerda a su afilada amiga. Me contó del padre Tulio Manuel, el mismo que llegó al pueblo un día de la virgen. “De valiente, mandó a salir del templo a todas las mujeres hipócritas al señor. Todo el mundo quedó asombrado, pero ni un alma se movió. El padre insistió, pero nadie se movió. Él continuó la eucaristía, de pronto, Bola e pelo, el mandadero del pueblo, dando gritos avisó la sentencia: medio pueblo ardía en llamas. Al padre le tocó dejar maletas y sotanas para salvar su vida. Desde entonces ningún padre llega por aquí”. Y raspó sus uñas en la mesa.

Tragué en seco, pero seguí en mi labor periodística. Pregunté por El Muelas y por Andrea, algo me contó de sus andanzas. Pero en mi mente preguntaba si la casa de Manuela, también se había quemado. Ese mismo día, cayó de mis libros una nota acorazonada y perfumada. Era de una admiradora, así firmó después de declararme su amor. Al principio rechacé la idea, pero yo sabía lo mucho que necesitaba el calor de una mujer. Una alumna me ponía cita a media noche y en el único lugar seguro para mí. Con disimulo guardé aquel minúsculo papel, al tiempo que me despedía de Manuela, la Metralleta Sandoval, a la que bauticé así desde ese día.

Tomé mi morral y Salí rumbo a la Arenosa, el pueblito más cercano, un viaje largo y duro, seis horas a lomo de burro. Tiempo suficiente para pensar en la oferta amorosa de aquella nota. Iba en busca de víveres y elementos de aseo personal.

El Reposo, un nombre extraño para un pueblo extraño. Un lugar lleno de contrastes. Por un lado camionetas, piscinas y lujos, y en el polo opuesto, un pueblito acabado envuelto en una guerra sin sentido, donde la gente andaba en burro, no había acueductos y el agua se cargaba en



calabazo. Pensé y medité todo el viaje, sin olvidarme de aquella nota. Chocolates para ella, fue lo primero que compré en la Arenosa.

Llegó la oscura con mosquitos por doquier, mechones en todas las puertas hacían de alumbrado público. Mi corazón estaba acelerado, la cita era en mí cuarto. Estaba ansioso, sudaba frío, me preocupaba el hecho de no saber quién era la damisela nocturna. Tres golpes acabaron la espera, tres golpes que indicaban su llegada. La noche hacía bien su trabajo, no podía ver ni la palma de mi mano y con temor abrí la puerta.

Una brisa fría entró en la habitación, y con ella una figura angelical simétricamente perfecta, lo sé por mi tacto. No sé si temblaba de frío o de miedo. Intenté hablar pero un beso apasionado me detuvo. Caricias iban, caricias venían. Me dejé llevar del momento y del hambre. Juro que jamás había hecho el amor tantas veces, ni de aquella manera tan salvaje. Esa fue una noche celestial, una noche que jamás olvidaré en mi vida. Fue la primera, pero no la última. También juro que no hubo palabra alguna que dañara el momento, tanta pasión, tanta emoción que no pregunté su nombre, ni vi su rostro.

A la mañana siguiente, en la escuela, todavía excitado por aquel demoledor movimiento de caderas, por aquellos suspiros apasionados, mientras sostenía en mis manos la caja de chocolates que no pude entregar, una voz tierna, dulce y algo inocente, me preguntó:

– ¿Te gustó lo de anoche?

Quedé perplejo, intenté girar bruscamente para conocer mi admiradora, pero mi cuerpo no respondió, sólo pude estirar mi mano:

–Se te quedó anoche.

Pero ese aroma a fresas era único por aquellos lugares. Se marchó, y en la distancia una mirada pícara, y una sonrisa inmensa, apartaban cita para otro encuentro.

Las brujas seguían atacándome noche a noche, amanecía durmiendo con las gallinas o con los cerdos. Llegué a desconfiar de ella, todos los ataques eran luego de nuestras tertulias. Aburrido, decidí poner en práctica lo que me aconsejaron en mi último viaje a la Arenosa. Tres cruces en madera de Caspin y un vástago de yuca pondrían fin al martirio.



Por la noche, ubiqué las cruces en las esquinas del cuarto dejando una libre para que entrara la bruja, tomé el vástago y lo ubiqué al lado derecho de mi cama, bajo la almohada el carruzo de hilo rezado en cruz. Ella llegó puntual, como todas las noches empezó a estremecer mi cama, se me subió en el pecho ahorcándome. Yo empecé a rezar la oración que me enseñaron, de pronto, ya no estaba tieso. Así que la tomé del pelo y la tiré contra el piso. Con el hilo, la amarré por una pata, ella brincaba y tiraba manotazos, su risa chillona me estremecía los huesos. Me ubiqué en la esquina sin cruz, como pude alcance el vástago y le acomodé uno el tobillo. Peleamos un buen rato hasta que pude dominarla. Sudaba como un condenado, pero me desquité cada minuto, cada segundo de insomnio y susto. Nunca jugué béisbol, pero esa noche parecía un jugador de las grandes ligas.

Al día siguiente no podía escribir, los brazos me dolían pero me sentía realizado, estaba tan feliz que solté a los alumnos temprano, sería porque al fin dormí como bebé. Mayor felicidad me dio al escuchar a los alumnos:

–Hoy no hay restaurante, a manuela la atacaron anoche.

Ese día, nevó en aquel lugar. Una avioneta cargada de droga cayó en cercanías a la escuela, fui con la intención de ayudar a los heridos pero terminé cargando unos cuantos bultos, mejor dicho, tres.

“Mi boleto de salida, la solución a mis problemas económicos”, pensaba mientras guardaba el producto en el baño de la escuela.

Poco a poco, viaje a viaje, fui vendiendo aquella droga. Logré reunir varios bultos de billetes de cien, suficiente para vivir tranquilo, suficiente para no seguir de profesor, el necesario para irme de aquel lugar. Escondí mi botín en cercanías a la Arenosa, sólo faltaba dar clases unos días y luego renunciar, para evitar sospechas y problemas con el Muelas.

“Ahí está, hermosa como siempre, ni la brisa la toca, siento mi corazón explotar cada vez que me mira. Ayer la ayudé con la tarea de matemáticas. Creo que le gusto, lo digo por el beso que me robó ayer”, pensaba Julián al otro lado del salón, ignorando los recorridos nocturnos y gatubelescos de Andrea. “Quiere que sea su novio, pero no sé qué hacer, nunca he tenido novia. Le dije que soy muy pobre, que en mi casa no hay ni para comer, pero a ella eso



no le importa. Ayer me hizo el amor mientras nos bañábamos en el río, no sabía qué hacer pero ella hizo todo. Tengo dos semanas que no voy a clases, sólo al recreo a verla. Estoy trabajando para reunir plata y poder ir pintoso a la fiesta de sus quince”.

Aquel día volví al Reposo por mis cosas y para despedirme. Una tarjeta hermosa en la mesa llamó mi atención, era la invitación a la renombrada fiesta. Pensé en no asistir, pero no quise hacerle ese desaire a mi chica, a la que me regaló tantas noches de placer. La fiesta sería esa misma noche, yo viajaría al día siguiente, pensé en aprovechar para despedirme.

Andrea, la rompe corazones adicta al sexo, la misma que buscaba en los hombres la salida de su mundo mafioso, le propuso a Julián, el único hombre que la comprendía, escapar juntos la noche del festejo. Una propuesta que aceptó sin renegar.

Camino al festejo y en medio de la noche, una silueta desdibujaba, una figura extraña, se acercaba lenta y temerosa. Sólo cuando estuve bien cerca pude percatarme que era Julián. Estaba bien vestido, como nunca lo había visto, era casi irreconocible. Caminamos juntos hasta la fiesta, sin cruzar palabra alguna.

Al llegar al lugar, vi la mejor decoración que mis ojos jamás habían visto, todo en exclusiva para la ocasión. La fiesta comenzó, en el vals susurré en su oído mi deseo insaciable de verla y poseerla por última vez. Ella aceptó sin vacilar. Como alma que lleva el diablo salí al lugar del encuentro, ahí donde todo empezó, debía acabar. Al mismo tiempo, Julián hacía maletas y se dirigía a las afueras del pueblo, para huir en su viaje sin retorno. Un nuevo comienzo al lado de la mujer más importante en su vida.

Llegó puntual a nuestra cita, no le importó dejar todo tirado. Le conté de mi viaje, no volvería a verla, tampoco a tocarla, jamás volvería a pisar aquellas tierras. Ella quiso tener mis besos, mis caricias y mi cuerpo por última vez. Yo no me resistí, no pude evitarlo. El reloj no se detenía y Julián con morral al hombro esperaba en el lugar indicado entre la maleza y la impaciencia...

Mientras me perdía lentamente en sus brazos degustando por última vez su cuerpo, una fuerte explosión dañó el momento. Venía de las afueras del pueblo. De un salto ella brincó de la cama, se mal vistió con rapidez y corrió desesperadamente. Sentía su corazón salir del pecho,



sólo pensaba en Julián. Tomé mi morral, las pocas cosas que tenía, el machete que estaba en la cocina y corrí para alcanzarla.

Un morral humeante daba vueltas en un charco de sangre, el cuerpo de Julián estaba esparcido en el lugar y una mina era la culpable. En medio de los gritos desesperados de Andrea, una figura conocida se mostraba amenazante, era Manuela Sandoval.

Cojeando había llegado al lugar, apuntaba a la cabeza de mi amada, que de día era mi estudiante y de noche la profesora del placer, con un revólver Smith & Wesson, calibre 38 largo.

–Terminaré lo que comencé, primero tu padre y ahora tú –. Afirmó Manuela con pulso firme.

–¿Por qué lo haces? –. Gritó Andrea con lágrimas en sus ojos.

–Unos suben y otros bajan–. Afirmó manuela con voz seca.

El arma aun humeaba y sus manos tenían la sangre del Muelas. Al ver aquello me asusté, no podía permitir que mataran a mi amada. Me eché un padre nuestro y recé mi machete en cruz. Con sigilo me fui acercando, lento y sin prisa. Ubiqué el blanco, justo al cuello, pronto estaba a mi alcance, un tiro limpio, imposible de fallar. Apreté el machete y tomé impulso...

Huimos de aquel lugar, dejamos todo atrás con la intención de empezar de cero. Ella lo había perdido todo, su padre había muerto a manos de Manuela Sandoval y Julián por una mina. Me sentía culpable, quise darle y darme otra oportunidad, por eso la llevé conmigo. Recogimos la plata y nos fuimos a casa de mis viejos.

Juraba tenerlo todo, Una mujer muy bella y un saco lleno de plata. Pero tres días después de vivir con ella, una nota arrugada en la cama, diecisiete letras escritas con carrera, notificaban mi desgracia: Andrea se había marchado con el tendero. ¡Nadie sabe para quién trabaja! Mientras los recuerdos de aquella noche en la que huimos rondaban mi cabeza atormentándome, juré que jamás volvería a ser profesor...

– ¡Profe! ¡Profe!...

–Dime nena.

- ¡Teodomiro está peleando!

– ¡Ya voy!

Rompí mi juramento... Lo sé... con esto me gano la vida desde hace 10 años. Todos los días miro al cielo, todos los días doy gracias a Dios, todos los días espero que vuelva a nevar.